

## PADRE JENARO FERNÁNDEZ 1909-1972

### Deseo de la santidad

El deseo de ser santo es el rasgo más constante de la vida del padre Jenaro Fernández. La santidad fue el horizonte de su vida, desde los años de sus años en el seminario hasta su muerte. Sus diarios, sus cartas, sus homilias rebosan de aspiraciones e invitaciones a la santidad. «Si no soy santo, para qué quiero la vida?», interpelaba a los agustinos descalzos en julio de 1969 durante un día de retiro espiritual. Los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, todos los fieles, debían mirar la santidad como la cosa más natural. Le gustaba recordar las palabras con las que el cardenal Suenens conmemoró a Juan XXIII en el aula conciliar en su primer aniversario de su muerte: *Juan XXIII vivió el sobrenatural como la cosa más natural; vivió el natural como la cosa más sobrenatural*. «La santidad para un alma religiosa es como la cosa más ordinaria. [...] Mire, hija mía, no crea que es cosa del otro mundo desear que quien esto escribe sea un santo; que la persona a quien escribo sea una santa; que usted, que yo hagamos santos a cuantos podamos»<sup>1</sup>.

Él, además, debía ser santo por haber nacido en una familia santa, por pertenecer a un instituto religioso en el que habían vivido tantos santos y, por fin, porque era sacerdote de Cristo y su vocación habría permanecido incompleta si no conseguía la santidad. Esta conciencia le hacía prorrumpir a menudo en jaculatorias como éstas: «Jesús, hacedme *santo*, para que santifique a los demás». En mayo de 1968, cuatro años antes de su muerte, se atrevió escribir en su diario: «No sé cuánto tiempo me quedará de vida: pudiera ser poco. Puedo declarar ante el Señor que he procurado en mi existencia buscar el ideal de perfección: esfuerzos no han faltado. Y motivos tengo por haber nacido en una familia santa, por haber tenido hermanos santos. Mi hermano Saturnino era un sacerdote de una pureza angélica; recto, cumplidor de su deber. ¡Cuánto ha influido en mi alma!».

### Datos biográficos

#### a. En familia

Las escasas noticias que nos han llegado de la infancia y juventud del padre Jenaro nos trasladan a un escenario rural de profunda raigambre cristiana. Vio la luz de este mundo el 19 de enero de 1909 en Dicastillo, un pueblo navarro de unos 1.300 habitantes, situado en la margen derecha del río Ega y a unos diez kilómetros de Estella.

En Dicastillo política, religión y vida caminaban íntimamente entrelazadas. Ésta seguía discurriendo a la sombra de la parroquia y a la voz de la campana de la iglesia, cuya esbelta torre barroca dominaba la población. Los toques del alba, del mediodía y del anochecer marcaban el ritmo de la jornada; la misa dominical y el rezo de las vísperas, el de la semana; y las celebraciones de la Navidad, la Semana Santa, el Corpus y las patronales de fines de agosto, el del año.

Las vocaciones religiosas siempre habían sido abundantes y desde finales de siglo XX no pocas llamaban a las puertas de los agustinos recoletos. En 1917 profesó Agustín, hermano mayor de Jenaro. El camino estaba abierto y nuestro Jenaro, muchacho reflexivo y devoto, no tardó en embocarlo, secundado por sus padres Epifanio Fernández (1862-1923) e Hilaria Echeverría (1866-1947). Ambos habían formado una familia de profundas convicciones religiosas, en la que Jenaro encontró siempre un estímulo a la perfección cristiana. «¿Sabéis como rezaba mi dulce madre? “Señor, tengo nueve hijos. Te pido ardientemente: tomaos para vos la mayor parte”. Y la oración de mi madre fue escuchada». En efecto, cinco de sus nueve hijos abrazaron la vida religiosa

---

<sup>1</sup> J. FERNÁNDEZ, *Carta a sor Justa*, Roma, 7 junio 1970: AGOAR, Fondo P. Jenaro.

*b. En los seminarios agustinos recoletos, 1922- 1931*

El 14 octubre 1924, tras dos años de seminario menor, vistió el hábito agustino recoleto. Sus primeros diarios espirituales, que datan de este año, revelan una gran intensidad religiosa y nos ponen ante de los ojos uno de los rasgos fundamentales de su carácter, es decir, la fortaleza y la constancia en la ejecución de sus planes. Dejan entrever además otros rasgos característicos de su espiritualidad madura: pureza de intención, sinceridad, autocontrol, laboriosidad, aceptación del dolor y de las humillaciones, custodia de la lengua, respeto al prójimo, percepción clara del amor de Dios y de su presencia en la vida de cada día, horror al pecado venial, etc.

El 15 de octubre del 1925, terminado el año de noviciado, pronunció los primeros votos y prosiguió con gran aprovechamiento los estudios de la carrera sacerdotal, primero en Villaviciosa, cerca de Madrid (1925-27), y luego en Monachil, junto a Granada (1927-30). Al final de todos los años obtuvo siempre las calificaciones más altas: *meritissimus*. Y con la misma intensidad espiritual vivió estos años tan decisivos en la vida de todo sacerdote. En todo momento tiene presentes las exigencias de la vida religiosa y del ministerio sacerdotal. Le notas de su diario testimonian una vida espiritual vigorosa:

–«Mi único ideal de vida ha de ser imitar a Jesús, asemejarme a Jesús, ser otro Jesús; de tal modo que Jesús y yo vengamos a ser una misma cosa, un mismo pensar, un mismo querer, un mismo todo» (19 enero 1927). Los superiores no encuentran nada censurable en él y el 29 de octubre de 1929 le admiten unánimemente a la profesión solemne.

*c. En la Ciudad eterna, 1931-38*

El 17 de junio del 1931, con los estudios eclesiásticos recién terminados, sale de España con rumbo a Roma, a donde llegó el 30 del mismo mes para matricularse en la facultad de Derecho Canónico de la universidad Gregoriana. El 9 de julio de 1934 obtuvo la licencia y cuatro años después, el 21 de enero de 1938, defendía brillantemente la tesis doctoral. Su triunfo académico culminó el 7 de noviembre con la entrega de la medalla de oro de la facultad por parte del Secretario de Estado de Su Santidad, el Cardenal Eugenio Pacelli.

*e. Investigaciones histórico-canónicas y apostolado, 1938-1950*

La publicación de su tesis sobre la *Figura jurídica de la orden* (1938) condicionó el futuro de su vida. Los superiores se percataron de haber encontrado al religioso capaz de llevar a cabo la tarea de elaborar el *Bullarium*, que la orden venía reclamando desde hacía decenios, y no tardaron en encomendársela. Por otra, su corazón sacerdotal le impulsaba al apostolado. Dentro de su corazón ardía la vocación misionera y hubiera sido feliz consumiendo su vida en algún solitario campo misional. Al ver cerrada esa puerta, se prodigó en bien de los fieles de Roma<sup>2</sup>. Investigación y apostolado constituyeron durante varios lustros los dos polos de sus vida.

La preparación de los cuatro volúmenes del *Bullarium* lo tuvo ocupado desde el 1938 hasta el 1970. Pero fue en los tres primeros lustros cuando logró a recoger y organizar la mayor parte del material. En los años siguientes se limitó a completar la investigación, revisar la metodología y preparar la publicación. Sus primeras fatigas las dedicó al Archivo Vaticano, un inmenso bosque con mil ramificaciones, que a veces lo convierten en un auténtico laberinto, sobre todo en aquellas décadas, en que los catálogos y otros instrumentos auxiliares eran todavía bastante rudimentarios. En el mismo periodo visitó el archivo de la Orden de San Agustín así como varias bibliotecas especializadas de Roma. En enero de 1943 y marzo del 1947, deseoso de ampliar el campo de sus investigaciones, hizo sendos viajes a España, donde trabajó en varios archivos de Madrid, Sevilla, Valladolid y Navarra.

El padre Jenaro asumió la tarea con ilusión y la llevó a cabo con pasión, sin parar mientes ni en la precariedad de los transportes urbanos, ni en los peligros de la guerra y ni siquiera en las exigencias de su salud. «Ansioso de conocer [la Recolección agustiniana] más y de darla a

---

<sup>2</sup> José Abel SALAZAR, «P. Jenaro Fernández. In Memoriam»: BPST 18 (1972) 396-99.

conocer», escribía en 1955, «he afrontado durante la guerra verdaderos peligros de bombardeos. ¡Cuántas veces, dirigiéndome andando por falta de medios al Vaticano, he visto atravesar el cielo de Roma escuadrillas de aviones cargados de metralla! Todo por Dios y por la Recolectión, repetía no pocas veces»<sup>3</sup>.

Tras muchas fatigas en junio de 1955 veía la luz el primer volumen de su trabajo. La Orden lo recibió con auténtico alborozo. El general, de visita en Brasil, se apresuró a mandar al autor una calurosísima felicitación. No menos entusiasta fue la acogida de los boletines de las provincias, de la revista oficial de la orden y aun de los religiosos particulares. El capítulo general de 1956 se asoció al júbilo de la orden. La acogida de la crítica especializada también fue muy positiva.

El éxito del primer volumen preparó el camino a los siguientes, que, a pesar de las ocupaciones del autor, fueron apareciendo con una periodicidad razonable. El segundo salió en 1961, el tercero en 1967 y el cuarto en 1973, al año de su muerte. Él lo había entregado a la imprenta en agosto de 1970, feliz de haber «cumplido la misión que me confiaran los capítulos generales». «He amado a mi orden como a una madre, la he servido», escribió en aquel momento en su diario. «Intercedan por mí sus santos para que sea santo».

El 28 de diciembre 1948, al recibir la orden de regresar a España, escribió en su diario estas palabras: «La conciencia está tranquila, porque he dado mi salud en el servicio de la orden y en el apostolado. [...] Dejo Roma y toda la turba de mis penitentes y enfermos». La escasez de documentos no permite entrar en detalles que dieran cuerpo a estas palabras. Me limito a transcribir dos testimonios autorizados que confirman el fervor apostólico que desplegó en estos años. El primero es del padre José María Echeverría, que convivió con él desde 1939 a 1942: «Su labor pastoral en la iglesia y en la visita a enfermos y minusválidos era extraordinaria. Incansable en atender a los que acudían al sacramento de la Penitencia. Testigos de su celo son las muchas personas que reclamaban sus consejos y orientaciones de vida espiritual. Capítulo aparte merecen los desvelos por atender a los necesitados. Hay que tener en cuenta que le tocó vivir los años en que Italia se vio envuelta en la guerra al lado de Alemania. En este tiempo se dejó sentir el hambre, y muchos acudían al padre Jenaro en demanda de ayuda material. Él se las ingeniaba para recaudar fondos con que poder ayudarles».

Las mismas ideas encontramos en un suelto de *Il Quotidiano* publicado a principios de año 1949, cuando la enfermedad le obligó a salir de Roma: «Durante diez años, el óptimo religioso ha derrochado su bondad sin límites, su inteligencia y su salud en socorrer material, moral y espiritualmente a cuantos tenían necesidad de su óbolo, de sus consejos, de su elevada palabra de sacerdote pío y culto. Acudía a él gente de todas las categorías: banqueros, hombres de negocios, religiosos, gente humilde y gente noble, pobres y ricos. A todos visitaba, feliz de correr al lecho de un enfermo o de un moribundo, de dar todo lo que él recibía; mejor, multiplicándolo para que la oferta fuera más generosa. [...] Se ha ido un apóstol rebosante de comprensión humana y cristiana, un ejemplo constante de modestia y de sonriente bondad franciscana».

Su apostolado fue siempre un apostolado de persona a persona, o, a lo sumo, de pequeños grupos; un apostolado paciente, discreto, atento al individuo y a sus necesidades materiales, psicológicas y espirituales. Escuchaba dentro y fuera del confesionario, en la sala de visitas, por teléfono o por carta. Visitaba los hospitales y las casas de los ancianos, y durante algún tiempo también las cárceles y los barrios deprimidos. Y siempre llevaba consigo una sonrisa, una palabra de ánimo, un consejo o estímulo a la vida cristiana y a aun a la santidad.

---

<sup>3</sup> Ibid.

**«He amado a mi orden como a una madre»**

En el capítulo general, celebrado en Marcilla (España) a finales de mayo de 1950 el padre Jenaro salió elegido procurador general de la Orden con residencia en Roma. En adelante el servicio a su Orden sería su principal tarea. Los primeros doce la sirvió como procurador general; los seis siguientes como consejero general y los cuatro últimos de nuevo como procurador, a cuyo oficio se sumó en 1970 el de postulador de sus causas de beatificación y canonización. Eran funciones de carácter predominantemente burocrático, que supo desempeñar con diligencia y competencia. Pero su actividad desbordó desde el primer momento la estrechez de ese cauce.

Sus primeros doce años de procurador general (1950-1962) coincidieron con el generalato del padre Eugenio Ayape, un superior entusiasta y clarividente que estaba empeñado en aprovechar la bonanza vocacional del momento para reorganizar la vida de la orden sobre bases más acordes con su primitiva tradición ascética, misional y comunitaria. Inmediatamente se percató de que los estudios del padre Jenaro deparaban una sólida base doctrinal e histórica a su programa de gobierno y de que en su persona tenía un colaborador fiel, amante como ninguno de la orden y atento a la vida de la Iglesia. En consecuencia, apoyó sus investigaciones y luego le encomendó la elaboración y ejecución de varios de sus proyectos más queridos. Merecen un recuerdo especial la federación de los monasterios de monjas contemplativas ligadas a la Orden, la recuperación de la tradición recoleta a través del Instituto Histórico de la Orden y de una agencia de divulgación misional, la promoción de los estudios y la actualización de la formación de los religiosos con la redacción de una nueva *Ratio Studiorum* en consonancia con las directrices de la constitución apostólica *Sedes Sapientiae* del 31 mayo del 1956.

Entre 1962 y 1968 intervino diariamente en la vida de la Orden como vicario general. Presidió tres capítulos provinciales, visitó durante nueve meses las comunidades de América del Sur, y, sobre todo, intervino autorizadamente en el capítulo general del 1968, en el cual la Orden recibió las directrices del Concilio Vaticano II. Desde el principio formó parte de la comisión sobre la naturaleza de la Orden, que tenía la responsabilidad de definir su carisma, es decir el ideal que le dio el ser y configuró su espíritu y su actividad a lo largo de los siglos.

El rasgo más característico de su actuación fue el empeño por dejar bien sentada la identidad carismática de la orden. Toda ocasión era buena para recordar sus orígenes, subrayar sus valores paradigmáticos y tratar de incluirlos en el edificio legal que estaban construyendo. También estuvo siempre muy atento a caminar por el cauce conciliar, a elevar el nivel espiritual y pastoral de la orden, a insertarla más profundamente en la vida de la Iglesia.

*Promotor de la renovación conciliar de la vida religiosa*

Con la conclusión del concilio se abrió en todos los institutos religiosos un periodo constituyente. Todos tuvieron que acomodar su legislación a la nueva visión eclesial y antropológica que informaba sus decretos. La tarea era ingente. Para echarla a andar y asegurar su éxito sería necesario elaborar directrices, recurrir a la ayuda de especialistas en derecho y vida religiosa, y montar una estructura que velara sobre su puesta en marcha y garantizara el logro de los objetivos marcados. Al padre Jenaro, como perito del concilio había participado a casi todas sus sesiones, le llegaron pronto las consecuencias de ese nuevo clima. El 18 enero de 1966 el Santo Padre le nombraba consultor de la Congregación de Religiosos, con la que ya colaboraba desde el lejano 1952.

Ahora las encomiendas serían más frecuentes. Junto a su vieja tarea de visitador de los Camaldulenses di Monte Corona, que desempeñaba desde 1954, le encomendaron otros muchos.

La primera fue la de asistente de las religiosas baptistas, con las cuales logró instaurar un clima de confianza y amistad que perduró hasta su muerte. La presidencia de capítulos generales, la visita a comunidades religiosas, la revisión de constituciones, el estudio de expedientes particulares, las conferencias y retiros para religiosos y religiosas absorben gran parte de su tiempo. En febrero de 1967 dictó dos conferencias a los miembros de la séptima comisión de los superiores generales sobre la preparación y celebración del capítulo general

especial, participó en reuniones convocadas por la Congregación de Religiosos y respondió a sus consultas sobre la clausura de las monjas, el diaconado permanente, los derechos de los miembros laicos en los institutos clericales y otras más. En 1968 y 1971 presidió varios capítulos generales, examinó las actas de otros y revisó un buen número de constituciones renovadas, entre ellas las de los Dominicos y Capuchinos. En 1968 el Cardenal Vicario le confió la visita de algunas conventos femeninos de Sector Sur de la ciudad.

El padre Jenaro dejaba buen recuerdo en las comunidades. Su afabilidad facilitaba el trato, su competencia daba seguridad y su virtud rodeaba su actuación de un halo sobrenatural que colmaba las distancias y elevaba los debates a un nivel donde era fácil la unión de mentes y voluntades. Los camaldulenses, las baptistas, las capuchinas del Sagrado Corazón y otros institutos apreciaron su inteligencia y su pericia, y, sobre todo, su equilibrio y su capacidad de llevar consigo paz y serenidad.

«*No quiero salvarme sin vosotros*»

La salvación de las almas fue uno de los anhelos más íntimos y más constantes del padre Jenaro. Le acompañó desde niño, cuando soñaba en las misiones del Brasil o despedía entusiasmado a los religiosos, que año tras año partían del colegio de Monachil con rumbo a las naciones de América del Sur, hasta los últimos días de su vida, cuando quiso consumir las pocas fuerzas que aún le quedaban en servicio de las pobres almas de Lábrea. En Roma la vivencia de la catolicidad de la Iglesia dio nuevo impulso a sus ansias apostólicas. El grito de Agustín, «quos potestis rapite ad Christum: Arrastrad hacia Cristo a cuantos podáis», resonó con fuerza en su corazón y como Agustín, tampoco él quería salvarse solo, sin la compañía de sus fieles.

El modo de ejercer el apostolado se lo impusieron las circunstancias. No dispuso ni de tiempo ni de un escenario que favoreciera su proyección. La comunidad le tuvo siempre ocupado en tareas que exigían dedicación completa, y sus foros fueron dos pequeñas iglesias: hasta 1959 la iglesuela de San Ildefonso de via Sistina, situada en el centro de Roma, y luego la capilla de la curia general, en el barrio residencial del EUR. Pero su celo pastoral no tardó en desbordar sus confines. La gente que asistía a su misa o escuchaba sus homilias, tan llenas siempre de unción y delicadeza, tan familiares y tan concretas, quedaba prendada de un sacerdote que con afabilidad y paz mostraba el camino de la santidad y animaba a adentrarse en él sin tardanza y con decisión. La asiduidad al confesionario, el pío ejercicio vespertino, la visita a los enfermos del entorno, la ayuda a los menesterosos y la acción de algunos grupos apostólicos terminarían de reforzar la primera impresión y de llevar su nombre a otras zonas de la ciudad. En enero de 1951 dio vida a la cofradía de la Consolación, una asociación tradicional en honor de la patrona de la Orden Agustiniense. La dirigió hasta fines de marzo de 1959 en que tuvo que trasladarse a la nueva sede general de la Orden, donde inmediatamente erigió otra confraternidad. En esos nueve años la atendió con cariño y esmero, logrando verla convertida en una auténtica familia: «Me agrada ver nuestra cofradía como una familia, vinculada por un único amor: el de Jesús; alegrada con la presencia de una madre incomparable: María, Madre de la Consolación; y no falta, sino que más bien es el quicio de la casa, el hombre, en nuestro caso san José. Una familia que cuenta entre sus miembros hermanos tan grandes como san Agustín, santa Mónica, santa Rita».

Por medio de la hoja *La voce della madre*, mantenía vivo el contacto entre los hermanos. Además de servir de enlace entre todos los asociados, mes tras mes llevaba a sus hogares una palabra de ánimo y un mensaje de optimismo cristiano.

La palabra del Apóstol «*La caridad de Cristo nos apremia*» (2 Co 5,14), le mueve a proponer a los socios nuevas actividades. Se podría organizar un ropero, preparar los pobres para la comunión pascual, asistir a los enfermos, promover las vocaciones sacerdotales y religiosas, enseñar el catecismo a los niños, organizar una cofradía para hombres. Alguna vez le asaltaba el temor de que quizá estuviera exigiendo demasiado, pero lo desechaba antes de que la objeción tomara cuerpo. «Cristo tiene derecho a ser exigente». «Jesús quiere todo de nosotros, porque Él se nos ha dado por entero a nosotros. Dice san Agustín: “Todo pide de ti quien te ha hecho a ti”».

Uno de los frutos más duraderos de la cofradía de la calle Sistina fue la apertura de un *præsidium* de la Legión de María, una asociación que por aquellos años comenzaba a hacerse un hueco en Roma. Durante siete años dirigió este *præsidium*, que no tardó en emprender algunos apostolados exigentes como la visita a las cárceles, la atención a un campo de prófugos y la redención de las prostitutas. A todas ellas les dio su bendición y en todas ellas tomó parte activa. Todavía se conservan apuntes y notas de sus homilías a los desheredados del Campo Buozzi o a las pobres prostitutas enfermas del Hospital San Galicano. En sus palabras no hay sombra de reproche o censura. Sólo les habló del amor de Jesús, que es donación, comprensión, benevolencia y caridad.

Al instalarse en el EUR, Jenaro dio vida a otro *præsidium* al que dio el título de título de *Stella Maris* y que todavía subsiste. En la década de los 70 nacieron de él otros tres *præsidiums*.

«*El cuidado de los enfermos era su carisma especial*»

El apostolado de los enfermos ocupó siempre un puesto fundamental en su vida. Incluso en sus visitas al pueblo les reservaba un atención especial. Apenas ponía el pie en él se hacía dar de sus familiares los nombres y dirección de todos los enfermos y a nadie dejaba de llevar una palabra de consuelo y calor humano. El fuego divino que le quemaba por dentro le empujaba a dedicar su tiempo libre al apostolado en diversos sectores. Pero «sus delicias las tuvo siempre entre los pobres, enfermos, necesitados, marginados y perdidos moralmente»<sup>4</sup>. Todos los días dedicaba parte de la tarde a este apostolado. Sus homilías, sus cartas privadas y sus escritos rebosan de enfermos agradecidos, de gente postrada durante años en el lecho dolor totalmente resignada con su suerte y aun contenta de poder ofrecer sus dolores al Señor por la salvación del mundo entero. En enero de 1958 contaba a los lectores de *La Voce* su experiencia con dos ancianas romanas.

«*Orientar almas [...], formar almas*»

Con la misma pasión se dedicó al confesionario. Desde joven sacerdote hasta que el oído se lo permitió dedicó buena parte de su tiempo a reconciliar penitentes y a dirigirlos por la senda de la vida cristiana. Incluso cuando tenía ante sí imponderables tareas de estudio o de gobierno, se las ingeniaba para reservar algún rato para sus queridos penitentes y dirigidos. En las visitas canónicas se ofrecía gustoso a confesar a las gentes de los barrios más apartados. También ejerció el ministerio en colegios y comunidades femeninas. Pero no le gustaba asumir responsabilidades fijas con comunidades. Prefería quedar libre para atender a los fieles que buscaban su dirección.

Desempeñaba esta delicada misión con mucha dulzura y poseía el don de transmitir paz y serenidad a las almas. Los penitentes admiraban su «sentido de Dios», es decir, la capacidad de percibir la acción de Dios en el alma y de hacérsela ver al penitente para suscitar en él una respuesta positiva; el amor a la Iglesia; y la virtud de la esperanza, que le hacía mirar al porvenir con ojos optimistas.

En sus últimos años problemas auditivos le impidieron sentarse al confesionario de la capilla del EUR. Pero no interrumpieron su tarea de confesor y padre espiritual. En una sala debidamente acomodada atendía casi a diario a niños y jóvenes, a mujeres y hombres, a gente humilde y a gente bien situada en el mundo de la política, de la cultura y del comercio.

Simultáneamente fue tomando cuerpo el «apostolado telefónico». La gente se habituó a alzar el teléfono para pedirle consejo y consultarle dudas, o simplemente para oír de sus labios una palabra de consuelo y esperanza. Día tras día interrumpía repetidas veces su trabajo y se acercaba al único aparato que había en el piso para atender a los requerimientos de todo tipo de gentes. Para todos tenía una palabra de ánimo. De ordinario, trataba de abreviar la conversación. Solía terminar con una bendición.

---

<sup>4</sup> *Testimonio del p. Esteban San Martín*: BPST 69 (1990) 204.

Como tantos otros santos del pasado, el padre Jenaro se percató pronto de la potencialidad apostólica de la comunicación epistolar, e hizo abundante uso de ella a lo largo de su vida. Actualmente se conocen unas setecientas cartas suyas, entre las que no faltan las de carácter específicamente espiritual. Estas cartas dejan al descubierto la intensidad de su vida espiritual, sus ideas religiosas, sus modelos de vida, sus devociones, los estratagemas a que acude para vencer las dificultades.... Pero también las cartas familiares e incluso las de carácter burocrático son balcones que nos permiten contemplar el fuego que bullía en su interior. El padre Jenaro vivía lleno de Dios y no podía impedir que esta plenitud se reflejara en sus escritos.

*«No me cansaré nunca de predicarte»*

En 1959, cuando la curia general se trasladó a la nueva sede del EUR, le tocó poner en marcha la capilla y organizar el culto. A fines del 1963, en el momento de pasar el testigo a su sucesor, gravitaba en torno a la capilla una comunidad de fe integrada en el tejido social de la zona e íntimamente vinculada con los religiosos. No pocos de sus fieles elegían la capilla para primeras comuniones y matrimonios y algunos incluso para bautismos. El padre Jenaro disfrutaba en estas funciones. Todavía se conservan algunas oraciones compuestas para los niños que se preparaban a la primera comunión así como varios esquemas de homilias matrimoniales. Las primeras son de una simplicidad asombrosa.

En su actividad apostólica la homilía desempeñó un papel extraordinario. Sólo en contadísimas ocasiones debió de omitir la explicación del evangelio dominical. Y a la homilía dominical hay que añadir un número elevado de homilias pronunciadas en días feriales. Su aparente sencillez podría inducir al lector a creerlas espontáneas y quizá hasta superficiales. Pero la realidad es diversa. Eran fruto de una preparación cuidadosa, que en cierto sentido se prolongaba a lo largo de la semana. Esa elaboración explica sus continuas referencias a la actualidad eclesial, social y política más reciente, a las intervenciones pontificias y hasta a hechos de crónica. En ellas vemos trasvasada la esencia de sus lecturas. Pero las fuentes principales de sus homilias fueron siempre la Biblia, que durante sus últimos años fue el único libro que usaba en su meditación; los Santos Padres, santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales y otros escritores eclesiásticos. Todos los años preparaba homilias completamente nuevas.

De ordinario parte del evangelio del día y gira en torno a él. Tras un breve apunte exegético, pasaba inmediatamente al sentido moral o espiritual del texto, haciendo destacar alguna circunstancia que juzga susceptible de hacer brecha en el público. Interpela preferentemente a la conciencia individual, pero, lejos de recluirla en sí misma, trata de desplegar ante ella sus responsabilidades para con la sociedad y la Iglesia. Trata de la grandeza de la santidad, ilustra la naturaleza de la fe y de sus condiciones, así como la obligación de cultivarla con la asistencia a cursos de formación y cultura cristiana, la lectura de libros católicos y, sobre todo, la Biblia, incluso en familia. Con frecuencia recordaba que el testimonio cristiano, el apostolado seglar y la colaboración misional son obligaciones que se autoimponen a toda conciencia cristiana segura de su fe: «Si la fe es fuerte, tiende, come la certeza, a comunicarse, a lograr prosélitos, a conquistar almas, a encender la llama del amor en la voluntad y a iluminar la mente».

Denuncia la fealdad del pecado, las injusticias sociales, la pérdida de los valores morales, el desbordamiento del mal, pero no cae nunca en el pesimismo. Insiste más en el amor y en la confianza en Dios y en su Hijo Jesús, centro de nuestra vida y fuente de serenidad, de paz y de alegría: «La alegría [...] es el gigantesco secreto del cristiano». Descansa sobre su fundamento estable, ya que nada ni nadie puede privarnos de Cristo. Y, teniendo a Cristo con nosotros, es posible suscribir el mensaje de santa Teresa: «Nada te turbe, / nada te espante, / todo se pasa; / quien a Dio tiene/ nada le falta: / sólo Dios basta».

Sus homilias no son tan interesantes por su contenido como por el aire que las envuelve. Los fieles se sentían interpelados por la palabra persuasiva de aquel frailecico menudo y espiritualizado, que les apremiaba a la santidad con palabras llenas de convicción, pero también de dulzura y delicadeza. Jenaro sabía que sólo así llegaría a su corazón. Pero también era consciente de que el fruto dependía de la gracia de Dios. Por eso solía concluir la homilía

con una oración. A veces la componía él mismo. Pero más a menudo la tomaba de san Agustín, del papa, de autores consagrados y alguna que otra vez hasta de algún muchacho.

«Seré una pequeña víctima al lado de Ti, grande víctima de amor infinito»

El padre Jenaro fue de salud delicada. Su figura menuda y el color de su tez producían esa impresión, por más que su laboriosidad y la constante placidez de su rostro parecían contradecirla.

Desde el año 1946 hasta la muerte convivió, con intervalos más o menos largos, con jaquecas, desmayos, bajadas de tensión, problemas digestivos, insomnio, agotamiento psíquico... El pensamiento de una muerte más o menos próxima se asomaba a menudo a su mente. Pero esa eventualidad no le quitó la paz. Se puso en manos de Dios y espera sereno lo que Él disponga. «¿Será éste el último año de mi vida? La condición de mi cabeza, que desde hace un año ha acusado agotamiento ¿me permitirá continuar en los estudios o vendrá a degenerar en un derrame cerebral? Dios lo conoce. Por mi parte, acepto del Señor la muerte cuando le agrada mandármela; la recibo con absoluta resignación, con amor [...] Jesús querido, estoy en tus manos; haz de mí lo que te agrade». Con el paso de los años aumentan los achaques, pero su actividad, lejos de decrecer, creció notablemente. A sus trabajos anteriores se sumaron otras muchas encomiendas tanto internas como externas, y para todas halló el tiempo y las fuerzas necesarias.

Su ascensión del dolor fue total, sin reserva alguna. Su semblante nunca perdió la sonrisa y nadie advirtió en él el más mínimo gesto de impaciencia o nerviosismo. Sabía que la cruz «es el regalo que Dio hace a sus amigos». De los ejercicios de 1964 salió con el propósito de inmolarse como Jesús en la misa, de servirle como él quisiera, de despreciarse a sí mismo y de pedir cruces. El 14 de mayo de 1968, se operó del oído, del que sufría desde hacía ya algún tiempo. La sordera era para él una mortificación particularmente dolorosa: «El Señor me ha mandado una tribulación, que me obligará a aislarme cada día más, a ausentarme del contacto y comunicación de los hombres: la sordera. Oh, quisiera transformar esta palabra en otra que también tiene tres sílabas: *santidad*. Es Dios quien lo quiere: *fiat, fiat ... et cum amore sua voluntas*».

En noviembre de 1969 cayó enfermo de bronco-pulmonía y estuvo a punto de morir. A principios de 1970 se siente sin fuerzas y acoge la invitación del Papa a ofrecer la propia vida por la Iglesia. «Deseo, con su divina gracia, transcurrir mis días de dolor con grande amor y con la serenidad y alegría con que transcurro mis días de trabajo». Piensa en la muerte y expresa el deseo de que en sus exequias se cante un «*Te Deum Laudamus*, de alabanza a la Santísima Trinidad; y una *Salve* y *Joseph* como día de fiesta para mi alma».

### **La muerte**

El día 26 celebró la misa de 10 como todos los días. Después tenía viaje al centro de Roma, quizá al Vaticano, a donde le llevaban con frecuencia las obligaciones de su cargo de procurador general de la Orden. Ese día decidió aprovechar los servicios de un hermano de la comunidad que hacía el mismo viaje en motocicleta. Por desgracia, al poco de salir de casa, en una calle descompuesta y en curva el conductor de la moto no pudo evitar el choque con un camión que procedía en sentido contrario. El padre Jenaro cayó de cabeza sobre el asfalto y se produjo graves lesiones cerebrales de las que no pudo recuperarse a pesar de su inmediato traslado al hospital de San Juan de Letrán.

El día 3 de julio, tras siete días de agonía, entregó su alma al Creador, rodeado del cariño y de la oración de devotos y conocidos. El funeral, celebrado al día siguiente en la basílica de San Pietro y Paolo, fue una manifestación multitudinaria de duelo, a pesar de haber coincidido con las vacaciones estivales. La comunidad recibió numerosos telegramas, cartas y billetes de pésame. Algunos eran de cardenales, obispos y superiores generales, entre ellos el padre Arrupe, pero la mayoría llevaban la firma de sus frailes y de sus fieles. Las palabras más repetidas en ellos eran: carísimo, alma bella, inolvidable, buenísimo, veneradísimo, afectuoso, atento y bueno, dulzura paterna, sentido de paz, cordialidad. El religioso que mejor le conocía por haber convivido con él durante 25 años y haberle confesado durante 20, pensó ya en la posibilidad de abrir el proceso de beatificación: «En cierta ocasión, hablando del padre Jenaro



con nuestro padre Ayape, éste me dijo: “Si el padre Jenaro muriera, no dudaría en incoar cuanto antes el proceso de sus virtudes”. Con profunda convicción hago mías las palabras de nuestro padre Ayape y muy fraternalmente las presento a Vuestra Reverencia».